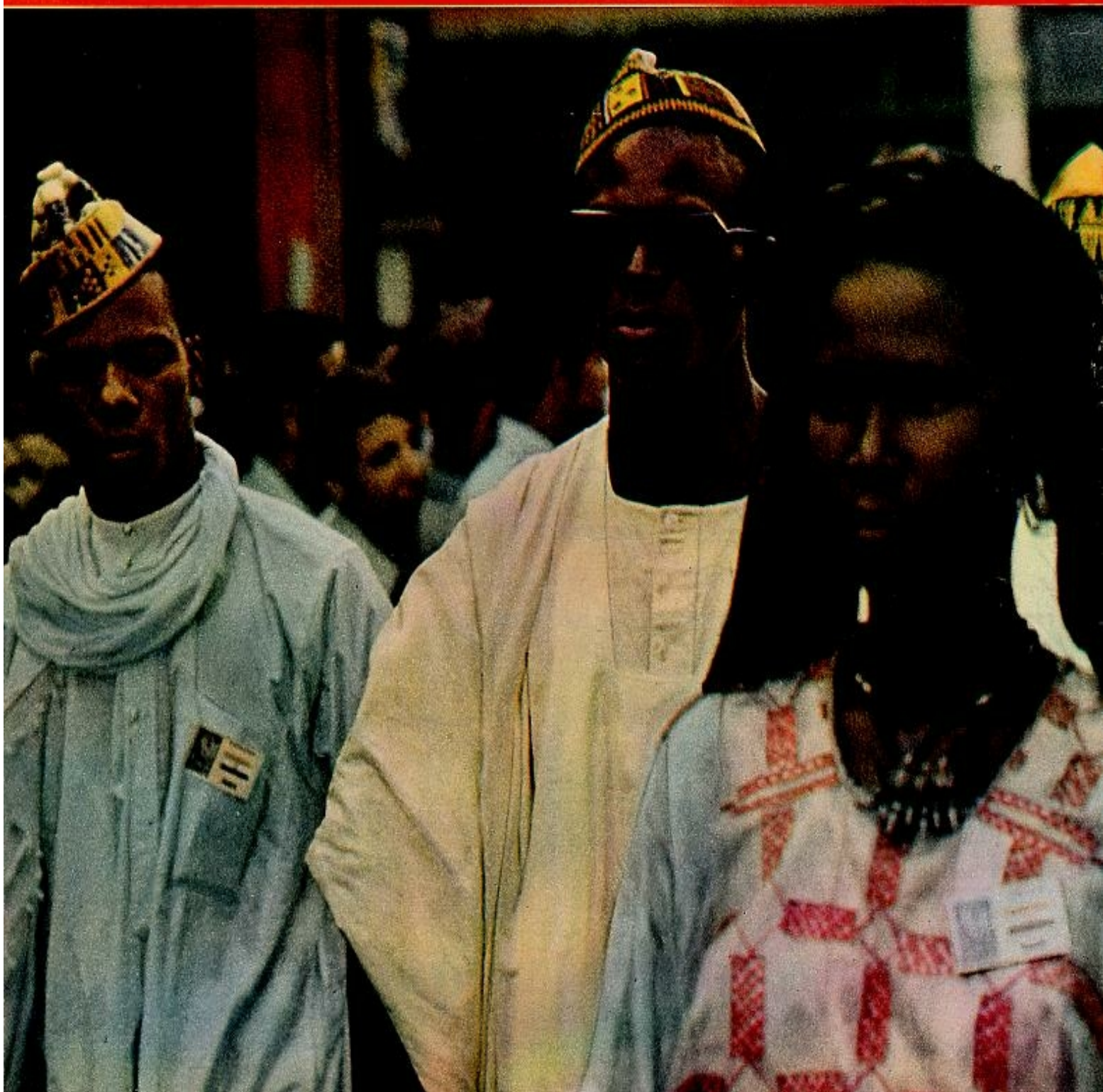


PRIMER FESTIVAL
CULTURAL
PANAFRICANO

DE NUESTRO ENVIADO ESPECIAL FRANCISCO CEREGDO

LA LIBERTAD DE AFRICA PASA POR ARGEL

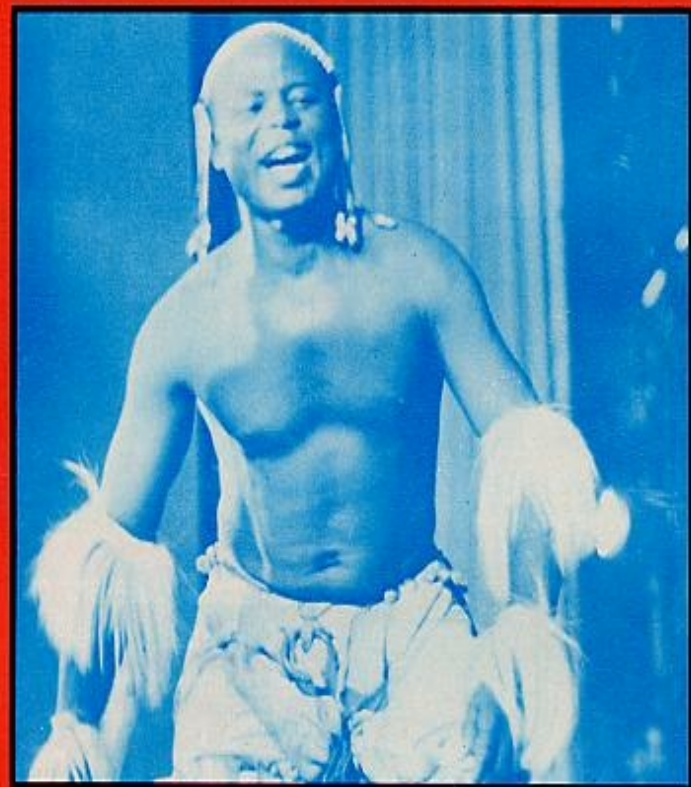




Bajo estas líneas, Eldridge Cleaver, ministro de Información de las «Panteras Negras» norteamericanas: «Stokely Carmichael no quiere colaborar con las organizaciones revolucionarias blancas». A la izquierda, los componentes de la delegación guineana en la plaza del Emir Abdelkader con los retratos del presidente Sékou Toure.



El honrado caballero occidental caminaba desolado bajo los grandes prismas multicolores y alegóricos de la calle Larbi Ben M'Hidi: "¡Pero esto no es un Festival Cultural! ¡Es la política!". A su alrededor, la ciudad de Argel se estremecía en un vértigo triunfal. La gran fiesta africana estallaba en todos los rincones de la capital. Por las aceras, frente a los escaparates, en las terrazas de las cervecerías, en los restaurantes, con el claro ritmo de los cuerpos, se agitaban los vivos colores del "hubu", la "djebba", el "saruel", la túnica, el "keftan", la "gandurah", los múltiples trajes tradicionales del continente. Desde 1963, fecha de la creación de la O. U. A. en Addis ▶



En la sala del Atlas, la cantante sudafricana Miriam Makeba, que adquirió la nacionalidad argelina durante el Festival. En la fotografía contigua, un momento de la actuación del «ballet» nigeriano.

Abeba, Africa esperaba tal momento. «Este Festival es un desafío», declaró el secretario general de la Organización de la Unidad Africana, Diallo Telli, al pisar tierra argelina.

Durante once días, Argel se ha convertido en una capital reivindicadora. Treinta y un países del continente y seis movimientos de liberación —todavía 45 millones de africanos y seis millones de kilómetros cuadrados continúan sometidos al colonialismo— han llegado con sus intelectuales, su folklore, su «ballet», su música, su cine, su teatro y su arte para dar un testimonio agresivo y, la mayor parte de las veces, militante de una civilización profundamente original y enraizada en el pueblo. No podía ser de otro modo. La colonización es un acto total y, frente a su tarea despersonalizadora, el simple hecho de tratar de recuperar la propia cultura constituye un acto político.

Bajo el sol brillante, una muchedumbre incansable y emocio-

nada llena las plazas públicas, las salas Atlas, Afrique y Mouggar, el estadio Anasser, la Cinemateca y el Teatro Nacional, siguiendo el compás trepidante de las once noches y los once días panafricanos. Actos, exposiciones, manifiestos, conferencias de Prensa, la rueda de personajes se suceden como una inmensa y colectiva cabalgada hacia la afirmación del propio destino. En la sala de actos de la Universidad, Eldridge Cleaver, líder del movimiento norteamericano de las «Panteras Negras», rompe el fuego: «Formamos parte de la historia africana. En los Estados Unidos nos enseñan que nuestra historia comienza en las plantaciones». Al Fatah abre en la plaza del Emir Abdolkader una exposición con sonos militares y pintura guerrillera: «El combate de los palestinos es el mismo que el de los africanos que luchan contra los regímenes coloniales y racistas». Van llegando al aeropuerto de Dar-el-Beida los personajes: Stokely Carmi-

chael, Miriam Makeba, Amílcar Cabral, Mario de Andrade, Josué de Castro, René Depestre... El Festival acelera su ritmo. En la sala del Mouggar, destinada a los espectáculos de música tradicional, el público permanece conmovido un minuto de pie en silencio: sobre el escenario, el grupo del African National Congress, movimiento de liberación de Africa del Sur, dedica una hermosa y patética llamada a los hermanos caídos en la lucha. El Atlas se viene abajo ante la aparición de las bailarinas liberianas, desataviadas según la costumbre africana, que se entregan a una danza pura y vital. Hay que renegar de la gracia enfermiza del «Lago de los Cisnes».

Mientras tanto, los intelectuales del continente celebran un congreso en el Club des Pins, a veinte kilómetros de la capital, sobre las «realidades de la cultura africana, su papel en las luchas de liberación nacional y en la consolidación de la unidad

y el desarrollo económico y social de Africa». Grave y delicada tarea teniendo en cuenta las diferentes posiciones políticas de los países africanos. Los debates son diestramente conducidos por Argelia y el grupo más radical, que logran que el movimiento guerrillero palestino Al Fatah, participante en el Simposio a título de mero observador, sea escuchado excepcionalmente en el pleno. El sector progresista obtiene una segunda victoria instruyendo el proceso al concepto de la negritud, puesto en circulación por Senghor, Cesaire y Damas en los años treinta. Los ataques se suceden. El delegado de Dhomey considera la negritud como un «concepto reaccionario para enmascarar la realidad». El representante sudanés añade: «Aunque podamos aceptarlo como criterio artístico, no podemos admitirlo como filosofía». Los trabajos de las diferentes comisiones se celebran a puerta cerrada y se ignoran los pormenores del proceso que culminó



LA LIBERTAD DE AFRICA PASA POR ARGEL

con la publicación de un Manifiesto Cultural Panafricano de matiz moderado.

Casi cinco millones de dólares ha costado el Primer Festival Panafricano, de los cuales Argelia ha contribuido con tres millones. La organización ofrecía numerosos problemas, que han sido resueltos a la perfección. Pero se plantea el porvenir del Festival: ¿Cuántos países africanos se hallan preparados para organizarlo?

En Argel, Africa ha asumido la cultura como un arma de combate y de desarrollo. En la terraza del hotel Aletti habla un hombre sonriente, apoyado en una mesa, bajo el sol. Es Morrisseau Leroy, autor teatral haitiano:

—Yo no soy un guerrero, pero me da realmente vergüenza escribir cuando se mata a la gente en muchos sitios. No puedo sentarme a celebrar la belleza de las mujeres negras y, menos, la de una puesta de sol. Yo escribo para el pueblo. ■ F.C. (Fotos del autor.)